

REBELDE. GUERRA. ENMIGADA. SALADORA.



BRUJA. SALVAJE. REBELDE. GUERRA.



fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: octubre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Xohana Bastida

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Llanos Campos, 2018

© de las ilustraciones: Tomás Hijo, 2018

© Ediciones SM, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-979-8

Depósito legal: M-23829-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Benito.
Él sabe por qué.*

CAPÍTULO UNO



a comitiva llegó por fin al río. Los caballos, exhaustos desde hacía leguas, habían olido el agua mucho antes de que sus jinetes hubieran podido ni tan siquiera oírla, y aceleraron inesperadamente el paso, relinchando impacientes bajo el peso de la carga y las armaduras. Sudaban y babeaban, con las orejas y los hocicos fijos en un punto oculto entre la espesura. Los hombres, que apenas podían sostenerse aferrados a las riendas, vociferaban órdenes inútiles a sus obstinadas monturas, que los conducían ladera abajo casi en descenso vertical; hacia la muerte o hacia el agua, eso estaba por verse.

Pero apenas alcanzaron a ver el río tras los últimos árboles, los cinco caballos frenaron en seco como uno solo, arrancando en torno a sí una polvareda de musgo. Vencido por la inercia y el peso de la armadura, Tarfo salió despedido por encima de la testuz de su montura y cayó con un gran estrépito de hojalata delante del grupo.

Como un escarabajo de metal se debatió panza arriba, maldiciendo en tres lenguas, hasta que consiguió levantarse. Hecho una furia, agarró a su cabalgadura por las riendas y elevó el puño para golpearla, pero se detuvo al ver que la bestia reculaba con las orejas plegadas hacia atrás; y no por él, sino por lo que, a su espalda y desde el río, había dejado petrificados al resto de los hombres y los animales. Se volvió lentamente y vio la más extraña aparición que ninguno de

ellos, ni despiertos ni en sueños, ni en los vapores más profundos del alcohol, habría podido imaginar jamás.

En la orilla, con los pies escondidos en el agua, una mujer extendía hacia ellos en actitud de defensa una gran espada negra, que relucía bajo las primeras luces del día como si estuviera forjada en azabache. Los jirones del harapo que vestía flotaban y silbaban a su alrededor mientras ella permanecía inmóvil. Tenía el pelo largo y negro, y la brisa del río lo elevaba como una jauría de serpientes finísimas que enmarcaba su rostro, en el que dos ojos oscuros y profundos brillaban igual que los de un animal acorralado al fondo de una trampa. Si aquella criatura era algo, no era ciertamente ni alta ni hermosa, y de tener edad, podría tener cualquiera. La luz del amanecer, el pulso firme y la determinación con la que sostenía aquella extraña arma ante los ojos incrédulos de los cinco hombres la hacían parecer casi sobrenatural. Y para añadir algo más a aquel cuadro extraño, su vientre, recortado contra la plata del agua, denotaba que aquella mujer estaba gestando desde hacía más de treinta semanas.

Solo se oía el ruido tranquilo de la corriente. Y ni los jinetes podían cerrar la boca ni los caballos permanecer quietos. Se agitaban los animales como si algo desde el río al tiempo los aterrorizase y los retuviera en la orilla.

Ella no movió un solo músculo en un instante que se hizo interminable. Al fin, Hisias, que ni aun en su juventud había sido buen jinete, acabó por dar con sus viejos huesos en el suelo ante el traqueteo nervioso de su montura. Y, aunque ninguno después se atrevió a comentarlo, todos pudieron ver cómo aquel niño nonato se removió con fuerza cuando la mujer retrocedió y elevó la espada a la altura de sus ojos, ante el involuntario paso al frente que dio al levantarse el anciano.

–Hisias, cuidado... –musitó el joven Parmes, aferrado a las riendas de su caballo.

El viejo, que no se atrevía a moverse, abrió la boca sin saber aún a ciencia cierta qué haría salir de ella.

–Mujer... –acertó a decir, mientras ella fijaba en él sus ojos de fiera y la punta de su espada, y tuvo que tragar saliva para poder articular la siguiente palabra–. Mujer... ¿Me entiendes? –pronunció despacio, extendiendo hacia ella una mano con la palma hacia el suelo, como se apacigua a una loba–. ¿Hablas mi lengua? No... No temas nada de nosotros.

–Más bien temamos nosotros algo de ella –terció el orondo Mista, abrazado al cuello de su montura–. Parece un animal salvaje.

–Mirad los caballos –dijo Bandramés, el segundo hombre armado del grupo, acariciando y sujetando a su yegua–: ni siquiera se atreven a acercarse al agua. Y están muertos de sed.

Ella, entonces, murmuró algo que nadie salvo los animales pudo oír, y las bestias se encabritaron sobre sus patas traseras arrojando al suelo a los que aún permanecían montados. Luego, mansamente, se dirigieron al agua y bebieron sin asomo de temor a los mismos pies de la mujer.

–¡Válgame el cielo! –acertó a decir el anciano Hisias mientras los otros tres hombres se ponían en pie.

Parmes se incorporó, con los ojos como platos y doliéndose de un hombro.

–¡Maldita criatura! –dijo Tarfo desenvainando su espada–. ¡Ahora veremos si sangras o eres un espejismo! –rugió, y se fue hacia ella antes de que nadie pudiese impedirlo.

No llegó a tocarla. De un revés firme y rápido de su espada, ella le tiró al agua con una facilidad sorprendente. Tarfo –moreno y de pelo rizado, como los hombres del sur, pero musculoso y muy diestro en armas a pesar de su escasa altura– se levantó tan enfadado como asombrado y arremetió de nuevo contra ella.

–¡Por el cielo, Tarfo! –gritó Hisias.

Pero él no escuchaba. Descargó sobre la mujer otro mandoble, que ella desvió lanzándole de nuevo a las frías aguas del río. Cuando el hombre volvió a ponerse en pie, furioso

como un toro encajonado, fue Bandramés quien se colocó frente a él y lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

–¿Has perdido el juicio? –le dijo con voz firme–. ¡Es una mujer... encinta! –y como Tarfo intentó irse otra vez hacia ella, Bandramés desenvainó su espada y le apoyó en la garganta el acero desnudo–. Ciertamente, no sería esta una gesta heroica para mencionar en tu funeral.

Los dos se retaron con la mirada, hasta que Hisias agarró a Tarfo por los hombros y se lo llevó hacia la orilla mientras intentaba calmarlo.

Bandramés se volvió hacia la mujer, que no había bajado la guardia y que ahora le apuntaba a él con la negra hoja de su espada. Era un hombre alto, con el pelo rubio y los ojos oscuros, y dentro de su armadura no parecía sino el formidable guerrero que era. Avanzó un paso, sin darse cuenta de que llevaba el acero desnudo, y ella retrocedió otro.

–No, no... Nadie va a lastimarte. Vamos, baja tu arma –siguió acercándose y la mujer ya no retrocedió, sino que se fue contra él–. ¡No, quieta! –dijo esquivando su espada–. ¡No quiero lastimarte! ¡Quieta!

Ella atacaba con todas sus fuerzas, sin tregua, gritando a cada golpe como una fiera herida de muerte, y él se defendía, sorprendido de su destreza y temiendo dañarla. Hasta que, agotada por el esfuerzo, la mujer se detuvo al fin, trastabillando en los guijarros del lecho del río. Intentó levantar de nuevo su arma; pero, de pronto, se llevó una mano al abultado vientre y, con la cara contraída por el dolor, cayó de rodillas sin apartar la mirada de su oponente. Sus lágrimas de rabia y de impotencia se mezclaron con el agua dulce del río. El viento rugía a su espalda como un animal salvaje.

–¡Por todos los dioses! –gritó Hisias desde la orilla–. ¡Malogrará el niño!

Bandramés permanecía de pie ante ella. Ciertamente, pocas veces se había topado, en una situación tan desigual, con un rival tan fiero como aquel. Así que, cuando ella se

levantó de nuevo jadeando y tambaleándose, y volvió a empuñar su espada con ambas manos, él no pudo sino admirarse de la valentía de aquella mujer menuda que, allí frente a él, tiritaba de frío y de agotamiento, pero no de miedo. Entonces, arrojó lejos su espada y le hizo una respetuosa reverencia llevándose el puño al pecho, como se rinde pleitesía a un digno rival. Luego, con los brazos abiertos y desarmado, despacio pero sin vacilar, avanzó hacia ella hasta que la temblorosa hoja del arma negra tocó el peto de su armadura. Allí se detuvo, sosteniéndole aquella mirada torva y desesperada a través de la maraña oscura de su pelo.

–Escúchame –le dijo con voz franca–: mi nombre es Bandramés, hijo de Fadán y servidor del rey de Cadania. Nadie quiere hacerte daño –ella fijó sus ojos en el otro soldado que, en la orilla, aún sostenía su arma–. Tampoco él. ¡Tarfo! ¡Tira tu espada! –gritó sin dejar de mirarla.

Tarfo, impelido por Hisias y a regañadientes, lo hizo.

–Baja el arma, mujer, y sal del río –insistió Bandramés–. Vamos..., no temas.

La mujer permaneció quieta por un instante, mirando fijamente los ojos del guerrero que permanecía imperturbable al final de su espada. Después, apoyó una mano en su vientre, asintió a algo que nadie dijo y, finalmente, bajó el arma y la dejó colgando al final de su brazo, dentro del agua. Bandramés dio un paso atrás y le tendió la mano; ella no la aceptó, sino se recogió el vestido y, caminando con dificultad, salió sola del río.

Cuando llegó a la orilla, se detuvo. Los otros cuatro hombres la miraban entre la curiosidad y el temor, mientras ella, con la punta de su espada hundida en el barro, intentaba recuperar el aliento y las fuerzas. Y allí mismo, ante los ojos de todos, jadeando dolorosamente, le flaquearon las piernas y quedó sentada en el suelo. Parmes, conmovido por el penoso estado de la mujer, quiso acercarse para levantarla; pero el viejo Hisias, al ver que ella retrocedía, lo detuvo poniéndole una mano en el hombro y tomó de nuevo la palabra.

–Señora –dijo despacio, con una sonrisa sincera en su cara de anciano afable–, espero que podáis entenderme. Yo soy Hisias. Viajo hacia la ciudad de Brandela para ver a mi hermano, que está enfermo; y porque soy ya viejo y los caminos son peligrosos, decidí unirme a este grupo de viajeros que lleva mi misma dirección. Ese de ahí es Mista, un próspero comerciante del sur, como hasta para un ciego proclaman sus ropas. Y este es su hijo, el joven Parmes.

–A vuestros pies, señora –repuso este con una leve inclinación de cabeza.

–Al guerrero Bandramés ya le conocéis por sus mismas palabras –prosiguió Hisias–. Y la segunda armadura pertenece a Tarfo. Es un poco impetuoso –añadió en tono de confianza–, pero os aseguro que nada debéis temer de ninguno de nosotros.

Todos permanecieron esperando una respuesta; pero la mujer, sin despegar los labios, se levantó apoyándose en la espada, la enfundó en el cordón dorado que antes habría ceñido su cintura, cruzó entre ellos y se dispuso a seguir su camino, ladera arriba. Lo escarpado del terreno y lo pesado de su carga la obligaban a ascender ayudándose de las manos. No había avanzado más que unos metros cuando las fuerzas volvieron a fallarle y se deslizó de nuevo hacia abajo. El joven Parmes fue en su ayuda; pero antes de que llegara a tocarla, ella se revolvió hasta quedar sentada con la espalda apoyada en el ribazo, y lo que el muchacho vio en sus ojos lo dejó clavado al suelo.

–¡Apártate de ella, Parmes! –le gritó Mista.

–Pero, padre, es una locura que una mujer en su estado camine sola por estos bosques. Deberíamos... No sé –miró a la mujer–. ¿No queréis decirnos quién sois y hacia dónde os dirigís? –se volvió hacia el resto del grupo–. Tal vez podríamos llevarla con nosotros...

–¡No digas tonterías, hijo! –le interrumpió fríamente Mista–. Recoge tus cosas y llena tu odre de agua; tenemos

que continuar. ¡Y no sientas compasión por ella! ¡Será mejor que nos hayamos ido cuando recupere el aliento! Ya has visto cómo maneja la espada.

–Mista –intervino Bandramés con sorna–, seguramente tu corazón nunca será tan grande como tu fortuna, pero sin duda tu boca la supera. Entiendo el temor que pueda infundir en tu templada alma una mujer a punto de dar a luz; pero no temas, pues viajas con escolta –y señaló a Tarfo y a sí mismo.

El comerciante enrojeció hasta las orejas de indignación, pero ni por un momento se le pasó por la cabeza enfrentarse a alguien como Bandramés. No cara a cara, por supuesto.

–¿Una mujer? –dijo Tarfo con aprensión–. Miradla: eso no parece una mujer. Una mujer no pelea así. Más bien se diría que es una especie de... alimaña.

–Lo que le duele a tu estúpido orgullo es que, si no llego a interponerme, te habría dado una buena paliza –repuso Bandramés sonriendo–. Tu fuerza solo encuentra el camino de tu espada, nunca el de tu cabeza. Si es que hay algún camino que pase por tan desértico lugar...

Tarfo se le acercó hasta quedar a un palmo de su cara, pero él no se inmutó ni dejó de sonreír.

–No deberías ofenderme, Bandramés. Recuerda que, cuando tú duermes, soy yo quien hace guardia.

–Vamos, vamos –intervino conciliador el viejo Hisias–. Todos estamos cansados y hacemos y decimos cosas que no...

–¡No quiero peleas entre vosotros! –terció Mista–. Llevamos tres días de retraso y nos urge llegar a Brandela. Los negocios no esperan eternamente –luego, mientras recolocaba la carga en su caballo, añadió–: ¡Ella se quedará donde está! No es asunto nuestro y no sabemos quién es. Podría ser una fugitiva de la justicia y meternos a todos en un lío.

–¡Por favor, padre! –suplicó Parmes.

–¡Tú calla! Todos esos libros que lees te vuelven blando y sensiblero como una mujer. Ya cargamos con un anciano, ¿y ahora pretendes que sumemos a una loca embarazada?

¡Aquí se hará lo que yo diga! –recalcó Mista al ver que su hijo se volvía hacia Bandramés en busca de apoyo–. ¿Le ha quedado claro a todo el mundo?

–No –repuso sin alzar la voz Bandramés, acercándose lentamente al comerciante–. A mí, no. Escúchame con atención: yo cumpliré lo que mi rey me encomendó; protegeré tu oronda barriga de los asaltantes hasta llegar a Brandela, pero no pienses ni por un momento que eso te da algún poder sobre mí, porque yo no estoy a tus órdenes. ¿Ha quedado esto suficientemente claro? –hizo una pausa en la que Mista no se atrevió ni a respirar–. Y otra cosa: no creas que no sé que le has cobrado pasaje a Hisias por unirse a esta caravana.

–¡La protección no es gratis! –se disculpó Mista ante la mirada avergonzada que le dirigió su hijo.

–¡Sí para ti, condenado avaro! –intervino Tarfo. Después, mirando con desconfianza a la mujer, se dirigió resueltamente al agua–. ¡Maldita sea, estoy muerto de sed! –masculó, y bebió tumbado en la orilla al lado de los caballos.

–Vamos, señora –dijo Parmes con voz dulce–, permitid que os ofrezcamos algo de comer.

–Solo nos detendremos lo justo para coger agua y para que beban los animales –sentenció Mista, intentando recomponer su autoridad mientras iba también hacia el río.

–Tenemos cecina y fruta. Y algo de pan –ayudó Hisias, acercándose a la mujer y al muchacho con una bolsa y una sonrisa franca.

Ella echó hacia atrás su desordenado pelo y miró profundamente a ambos. Su mirada, de cerca, era tan triste que ninguno de los dos pensó haber visto jamás otra igual. La mujer puso las manos sobre su vientre, cerró los ojos y pareció soltar de sus hombros el peso del mundo entero. Hisias sacó de la bolsa una manzana roja y se la acercó despacio, como se le acerca la carne a un animal sin domesticar. Ella la tomó y empezó a comer sin avidez alguna.

–Así está mejor –sonrió Parmes.

–Está tiritando. Será mejor que se abrigue –dijo a su espalda Bandramés ofreciendo su capa a la mujer, quien la aceptó y se la echó sobre los hombros–. Vamos, chico, ven al agua; tenemos que seguir camino.

Todo el grupo bebió y se refrescó en el centro del río, mientras ella, sentada en la ladera, comía frugalmente y susurraba algo a su niño, acariciándose el vientre con ternura. Mientras Mista se lavaba, sumergido hasta la tripa, dijo a los demás hombres en voz muy baja:

–¿Habéis visto sus ojos? Parecen los del mismísimo mal. Nos matará mientras dormimos. Yo digo que la dejemos aquí... Aunque antes habría que quitarle esa espada. Es de algún extraño metal negro. Seguro que vale una fortuna.

Parmes iba a protestar; pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, la mujer, desde donde estaba y sin inmutarse, sacó su arma del cinto con una sola mano, la clavó en el suelo frente a ella y después lanzó con fuerza el corazón de la manzana, que vino a dar de forma certera en la frente de Mista. El comerciante se llevó las manos al lugar del impacto, gritando como si hubiera recibido un hachazo. Tras unos segundos de la más absoluta estupefacción, todos (salvo Mista, claro está) explotaron a reír.

–¡Os lo he dicho! –se quejó el comerciante–. ¡Es una mujer maligna! Ha escuchado lo que yo... –no se atrevió a seguir.

–¡Buen tiro! –dijo Bandramés entre carcajadas–. Es imposible que te oyera desde allí... Pero de igual forma tu castigo ha sido merecido, aunque leve según mi opinión –le tocó la frente–. El chichón que sin duda te saldrá aquí te recordará que no es bueno ni sano albergar tan malos pensamientos.

Los hombres salieron del río, riéndose aún del incidente, y volvieron a sujetar la carga a sus caballos, ya que muchas cosas se hallaban sueltas o esparcidas por el suelo. Cuando todo estuvo en su sitio, Bandramés se dirigió a la mujer, que seguía sentada en el mismo lugar.

–Si quieres, puedes venir con nosotros –y como Mista iba a protestar, recalcó mirando al comerciante–: Yo digo que puede –luego se volvió de nuevo hacia ella–. Y te juro por mi honor que nadie tocará una hebra de tu vestido mientras yo tenga la cabeza sobre mis hombros. Te acompañaremos en tanto tu camino coincida con el nuestro..., o hasta que lo desees –ella no se inmutó–. No son estos bosques lugar para que una mujer en tu estado ande sola.

–Su marido es quien debería acompañarla –interrumpió Mista, ya desde su caballo–. Aunque lo más seguro es que haya muerto, si ha conseguido acercarse a ella lo suficiente como para hacerle ese niño.

Bandramés se sorprendió al ver que los ojos de la mujer se llenaban de lágrimas, como dos cuevas anegadas de agua cristalina, y que, por primera vez, bajaba la mirada al suelo.

–¡Cierra esa maldita boca o te ataré la lengua a las riendas, maldito usurero! –le espetó–. No hagas caso a ese patán. Vamos, sube a mi caballo.

Le acercó su montura y se ofreció para ayudarla a subir. Sin embargo, eso no fue preciso: en cuanto la mujer se decidió a dar el primer paso hacia el animal, este se echó en el suelo, bajó la testuz y, una vez que ella hubo subido a la silla, se levantó con sumo cuidado y emprendió la marcha sin precisar orden alguna.

–¿Pero qué...? ¿Cómo...? –empezó a decir Parmes.

–Oye, Bandramés –dijo Tarfo quedamente mientras le agarraba por un brazo–, no me fío de ella. ¿Has visto eso? Tú sabrás lo que haces, pero mantenla alejada de mí.

Tarfo subió a su caballo, adelantó a la mujer y tomó la delantera hasta perderse sendero arriba. Tras ella cabalgaban Hisias, Mista, Parmes y Bandramés.

Así comenzó este viaje.

Aunque, en realidad, había comenzado mucho antes y muy lejos de allí.

CAPÍTULO DOS



n la sala mayor del castillo, esa noche todo era música, viandas y bebida; mucha bebida que corría como un río por la mesa a la que se sentaban los ruidosos invitados del rey Radón. Los criados, en gran número, pululaban de un lado a otro portando fuentes de humeantes codornices, lechones, jabalíes, ocas, fruta... Mucho más de lo que nadie pudiera comer.

El fuego de la gran chimenea, las llamas de las velas que festoneaban el mantel y su reflejo en las joyas de las damas creaban un titilante halo de claridad en torno al grupo de comensales. Fuera de él, las antorchas iluminaban los muros de la enorme estancia, incrustados de columnas en ascensión interminable hacia un techo abovedado, tan alto que no recibía luz alguna; así, pareciera que lo que pendía sobre las cabezas de todos no era sino el cielo negro de una noche sin estrellas.

El vino había soltado hacía horas las lenguas de los guerreros y los había vuelto fanfarrones y procaces. El rey reía con ganas las ocurrencias de Barden, señor del Condado Norte, un hombre de pequeña estatura que rozaba ya la cincuentena y que, sentado frente a él, contaba chistes subidos de tono con las mejillas rojas por el alcohol y por el peso de su reluciente uniforme de gala, ajustado a su ya inexistente cintura como si quisiera estrangularlo. Era uno de sus mejores aliados, y lo había demostrado en situaciones difíciles. Sus tierras, en la frontera septentrional del reino, habían ser-